

Quien mal anda en mal acaba, por una impresion suelta hecha en Sevilla por Francisco de Leefdael, sin año.

De la primera parte de *El Tejedor de Segovia* no he hallado edicion antigua; la que me ha servido para esta es del siglo pasado.

La de los nueve ingenios se reimprime por la única edicion que de ella conozco, la cual me ha sido generosamente franqueada por mi amigo el Sr. D. Pascual Gayángos. El título es á la letra el siguiente: *Algunas hazañas de las muchas de don García Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete*. En Madrid, por Diego Flamenco, año 1622.

Mis amigos, los Sres. D. Agustin Duran y D. Aureliano Fernandez Guerra, me han facilitado tambien con su acostumbrada bizarría todas las comedias de ALARCON que poseen, prestándome, como el Sr. Gayángos, un auxilio que nunca podré agradecerles bastante.

Mucho tiempo há que los poetas españoles y no pocos literatos extranjeros deseaban un teatro completo de DON JUAN DE ALARCON, poeta poco apreciado hasta nuestros dias. No quiera Dios que al pretender con esta publicacion vindicarle de los agravios que su mala suerte le hizo, haya sido su mayor desgracia caer en mis manos.

NOTA. De las veinte y siete comedias del tomo, las veinte y dos van divididas en escenas, y las cinco restantes no, por necesitarlo ó merecerlo ménos.

CARACTÉRES DISTINTIVOS

DE LAS

OBRAS DRAMÁTICAS DE DON JUAN RUIZ DE ALARCON.

Al principiar el segundo tercio del décimosétimo siglo, cuando aun vivia frey Lope Félix de Vega Carpio, y ya gozaba don Pedro Calderon de la Barca celebridad, justamente adquirida con alguna de sus mejores comedias, el teatro español; admiracion de la Europa culta, habia llegado á la cumbre de su prosperidad, al período más brillante de gloria. El drama nacional, produccion espontánea del suelo, árbol majestuoso, cuyo ramaje habia crecido sin probar casi los filos de la crítica, daba copiosísimos frutos, aunque no siempre bien maduros y saludables. En las desahogadas dimensiones de la forma dramática establecida por Lope cabian y entraban de hecho todos los elementos del drama griego y latino, indistintamente mezclados: lo patético lo mismo que lo ridiculo; la sublimidad de Sófoles y el gracejo plautino, juntos en una accion fingida, como en la vida real se juntan á cada paso la grandeza y la pequeñez humanas, el placer y el dolor, la risa y el llanto. Bajo el nombre genérico de *comedia*, que significaba entónces *fábula dramática* ó *drama* (1), lo mismo se comprendia una composicion histórica, grave en la mayor parte de sus escenas, como un poema en que todo era inventado y alegre. Título de *comedia* llevaban los poemas dialogados cuyos protagonistas eran la reina Ester y los reyes don Rodrigo y don Pedro, lo mismo que *La moza de cántaro*, *El desden con el desden* y *La villana de Vallecas*: toda produccion dramática era llamada *comedia* (2) en teniendo tres actos. Aparte pues del auto sacramental, que si llevaba esa denominacion seria porque constaba de una jornada sola, habia en el teatro español dos especies principales de comedia: la de capa y espada, y la histórica, tradicional ó mítica, sagrada y profana. En ambas especies de dramas y sus variedades, el punto de partida para el autor era generalmente uno, porque todos consideraban el teatro de la misma manera: le tenian por el verjel de la poesia nacional, no por una cátedra facultativa; por un lugar donde se proporcionaba al público un recreo lícito; y en agradando, la obligacion estaba cumplida. No codiciaban nuestros antiguos dramáticos el renombre de filósofos, de moralistas, de maestros del pueblo: creyendo que la enseñanza moral era inseparable de la religiosa, dejaban que los sacerdotes aleccionasen á los fieles desde el púlpito; y solo tomaban aquel grave carácter en los dramas devotos, porque allí la doctrina emanaba directamente del asunto. La comedia moral, aquella que pretende inculcar en el ánimo de los espectadores una máxima saludable y útil, ya por medio de la representacion de un carácter principal, ya por la accion combinada de todas las figuras comprendidas en una fábula, muy raras veces aparecia en la escena española, donde se moralizaba por casualidad más que de intento. Nuestro drama era una novela caballeresca; el caballero español adoraba, despues de Dios, en su honor, en su rey y en su dama; y sabido es que las exigencias del honor, las del vasallaje y la galanteria no van siempre conformes á la ley evangélica ni á las de la recta razon y justicia. En ley de justicia, Sancho Ortiz de las Roelas no debía matar á Bustos, por mas que un rey se lo mandara; Sancho Ortiz no era el verdugo de Sancho el Bravo. En ley de justicia, García del Castañar no debía resolverse á quitar la vida á su inocente esposa, aunque la galantease un hombre que García se figuraba ser el rey don Alfonso XI; debía defenderla en lugar de matarla. En ley de justicia, aquel Ursino Colona, aquel anciano que introduce Calderon en la comedia titulada *Con quien vengo vengo*, no debía tomar parte en un desafio que le ponía en

el caso de cruzar la espada con su propio hijo; pero Sancho, García del Castañar y Ursino Colona eran caballeros antes que todo; Sancho y Ursino habían dado una palabra, y les era forzoso cumplirla, aunque el uno tuviera que sacrificar la mujer que amaba, y se expusiera el otro á recibir la muerte de manos de su hijo ó á dársela. García no estaba ligado con palabra ninguna; pero peligraba su honra; y no pudiendo asegurarla con la muerte del seductor, la quería preservar de la más leve mancha, inmolando á la consorte virtuosa en quien no habían hecho mella las seducciones. Celosos creyentes, súbditos entusiastas, caballeros pundonorosos, enamorados idólatras eran en general todos los galanes de nuestras comedias antiguas, porque estas cuatro pasiones ó afectos eran los que animaban á la sociedad española: la dama era amante con preferencia á todo; sagaz, artificiosa y resuelta muchas veces, dulce y tierna otras, discreta siempre. Viejos alentados, hermanos tutores, criadas locuaces, y un gracioso, agudísimo por lo comun é imperpetinente con frecuencia, completaban los personajes que de ordinario aparecían en una fábula escénica, tejido maravilloso de lances de amor, lleno de astucias y tropelias, de disfraces, escondites y cuchilladas; cuajado todo de madrigales y epigramas, odas y rasgos épicos; y esto lo mismo en las obras de argumento contemporáneo que en las que abrazaban épocas anteriores; lo mismo en las de argumento español que en las de personajes extranjeros. Las edades bíblicas, las fabulosas, las antiguas y la media, todas eran iguales para nuestros poetas cómicos: judíos y griegos, cartagineses y turcos, babilonios é indios occidentales, todos en el teatro eran españoles con ropilla y con ferreruelo, valientes y discretos, enamorados y católicos: el teatro español en el siglo xvii, como los españoles del siglo, era constantemente, si no escuela de la más severa moral, escuela del honor, del ingenio y de la galantería. Tal se ostentaba en las obras de Lope, prodigiosas por su número, notables por la facilidad de la expresión y la ternura de los afectos; en las de Calderón, el primero en la combinación de la trama y en la grandeza de los conceptos; en las de Tirso de Molina, sin igual en el donaire malicioso; en las de Moreto, que heredándolos en vida á todos, los superaba en regularidad y gracejo urbano. A estos cuatro ingenios seguían otros muchos que, sin rayar tan alto, han dejado, no obstante, alguna obra que se acerca en mérito á las de aquellos cuatro colosos, alguna que también las iguala. Rojas, Mira de Améscoa, Montalban, Guillen de Castro, Mendoza y otros ciento enriquecían diariamente la escena española, y á veces con joyas de imponderable estima, de perpetua duración.

En medio de esta prodigalidad de ingenio, de esta caudalósima corriente de poesía, ¿no se echaba menos algo en los teatros de España? Sí: el erudito debía sentir la falta de la tragedia, el filósofo buscaba, y no hallaba sino vez rarísima, la comedia moral. La tragedia, tal como la trazaron los griegos, no era á propósito para un país cuya sociedad no estaba organizada como lo estuvo Grecia, ni había asimilado su gusto al de aquella nación por medio del estudio constante de sus escritos; pero la comedia, en que se pinta, no precisamente al caballero ni al hombre de tal siglo ó de tal país, sino en general al hombre, podía ya echarse menos, podía y debía intentarse en nuestra península en el siglo de los últimos Felipes de Austria. Ya fuese por instinto, ya porque buscando la variedad en los asuntos, se había de tropezar con asuntos morales, alguna vez habían dado los autores dramáticos anteriores á Lope, y los de su tiempo guiados por él, tal ó cual muestra del drama que corrige las costumbres riendo; pero ninguno de los cuatro escritores de primer orden, ninguno de los muchísimos que seguían su escuela, se había dedicado con preferencia y ahínco á la comedia moral, reservando para ella los mejores recursos, las galas más ricas de su entendimiento. Un hombre oscuro, traído de Indias á España (como otros iban de España á las Indias) por el deseo de mejorar su fortuna, emprendió y consiguió lo que por falta de voluntad, intención ó peculiares disposiciones, no fué dado acabar á Lope, á Tirso, á Calderón de la Barca, ni aun á Moreto, el gran perfeccionador de invenciones ajenas. Este hombre, que preparó desde España el advenimiento de Molière, del poeta cómico por excelencia, fué DON JUAN RUIZ DE ALARCON Y MENDOZA.

Para deslindar por qué serie de observaciones, por cuáles estudios, por qué conjunto particular de circunstancias, por qué impulsos del corazón fué conducido á la gloriosa, pero difícil tarea de censor del siglo en las tablas, era necesario saber punto por punto la vida de DON JUAN RUIZ DE ALARCON: así comprenderíamos el autor conociendo el hombre; pero por desgracia, poquísi-

mas son las noticias que de él han llegado á nosotros, y hasta que sucesivos y venturosos hallazgos, que hay motivo de esperar, den luz mayor sobre los hechos de este varón insigne, forzoso será buscar su fisonomía moral en sus escritos, y contentarnos con ella. ¡Bien hermosa resulta por cierto, compensando con ventaja los defectos corporales del individuo! Porque lo primero que de ALARCON se sabe, lo que no se puede dudar, pues consta de una porción de escritos de índole nada caritativa, es que el infeliz ALARCON era pequeñuelo, feo, y corcovado por la espalda y el pecho; el año de su nacimiento se ignora; su patria fué Tasco, en la Nueva España. Trasladado á Sevilla, luego á Madrid (3), y alargándose mucho el término de las pretensiones que traía (4), le obligó á escribir ese ordinario móvil de los ingenios desvalidos, aquello que Baltasar Gracian calificó de *sexto sentido del hombre*, la necesidad: el año 1621 ya le habían representado ocho comedias á lo ménos, entre ellas la famosa de *Las paredes oyen*, una de las mejores suyas, una de las mejores que se han escrito. En 1628 era relator del consejo de Indias, y en el desempeño de aquella plaza continuó hasta el año 1639, en que falleció á 4 de agosto (5), siendo feligres de la parroquia de San Sebastian, como lo fueron Cervantes y Lope, y teniendo su morada no lejos de la iglesia, en la sombría calle de las Urosas. Su familia era ilustre, su educación debió ser esmerada; su carácter, si correspondía en efecto al que principalmente domina en sus obras, noble debió ser y benigno, veraz, pundonoroso y firme; exquisito su gusto, su experiencia de mundo, grande. La colección de sus comedias forma un tratado de filosofía práctica, donde se hallan reunidos todos los documentos necesarios para saberse gobernar en el mundo, y adquirir el amor y la consideración de las gentes: allí se muestra lo que debe hacerse y evitarse para ser hombre de bien y de sabiduría. ALARCON sale al encuentro al inexperto viandante de la vida, y para que el espectáculo del mérito pospuesto y la medianía ensalzada no le sorprenda y le llene el corazón de miserable envidia, le presenta sin hiel y con verdad un cuadro de las raras combinaciones de la suerte, en la comedia titulada *Todo es ventura*. Para que no desmayen las ambiciones legítimas, los deseos justos de mejorar de destino, hace ver en seguida al jóven emprendedor en *La industria y la suerte*, que también la fortuna sabe ser justa, burlando al malévolo y protegiendo al honrado. Ya el hombre, gracias á su actividad bien dirigida, goza el bien que anhelaba; preciso es advertirle ahora que la prosperidad humana es de poca dura, y que el paso continuo del bien al mal es acá en la tierra ley invariable de todos tiempos: tal es la lección que ofrece el argumento de *Los favores del mundo*. Pero esta ley puede parecer dura y cruel á nuestra comprensión limitada; conviene, pues, dar la sabia razón de esas inevitables alternativas, que es lo que hace ó pretende ALARCON en la amenísima fábula de *No hay mal que por bien no venga*. Sin embargo, el deseo del bien es connatural al hombre: ¿qué medios tiene de asegurar ese bien, ó de recobrarle una vez perdido? El ejercicio de las grandes virtudes, cuyo modelo vivo descuella en el protagonista de *Ganar amigos*, en el de *Los pechos privilegiados*, en *El dueño de las estrellas*, y en aquellos dos rivales tan generosos de *Antes que te cases mira lo que haces*. ¿Qué vicios hacen odioso al hombre en la sociedad, le frustran sus más vehementes deseos, y le atraen tal vez su ruina? El apetito ciego, el interés personal, que desatiende los compromisos del honor; la ingratitud, la detracción, la mentira: temas desenvueltos en *Mudarse por mejorarse*, *Las paredes oyen*, *La prueba de las promesas*, *El desdichado en fingir*, *Los empeños de un engaño*, *La verdad sospechosa*. Para completar el sistema doctrinal de ALARCON, las amargas y dolorosísimas consecuencias generales del vicio están consignadas en otras dos comedias, *La culpa busca la pena*, y *Quien mal anda en mal acaba*. El resto de las composiciones de ALARCON hoy conocidas, que no pasa de diez, pertenece á la escuela de Lope: las hay de enredo, las hay heroicas, de espectáculo y de magia; pero en todas ellas alguna idea útil brota, y si se oculta, vuelve á salir cual manantial intermitente; las máximas sanas abundan, y al cabo ningún escritor dramático nuestro compuso, como él, más de la mitad de sus obras con fin instructivo; ninguno se dedicó de propósito, como él, á este género de poesía fructífera, madura; ninguno dejó, como él, modelos de la comedia de carácter, modelos imitados después por extranjeros y nacionales, y nunca excedidos. Así pues, el primero y más notable rasgo que distingue á DON JUAN RUIZ DE ALARCON Y MENDOZA como poeta cómico, es la moralidad, la filosofía.

Moralista entre hombres de imaginación, claro es que esta circunstancia había de dar á sus obras un realzado sello de originalidad. Por eso el doctor Juan Pérez de Montalvan, en el libro que

tituló *Para todos*, escribe, mencionando las comedias de ALARCON, estas palabras: « Las dispone con tal novedad, ingenio y *extrañeza*, que no hay comedia suya que no tenga mucho que admirar y nada que reprender; que despues de haberse escrito tantas, es gran muestra de su caudal fertilísimo. » La novedad que Montalban admiraba en las comedias de ALARCON, novedad que llegaba para él hasta la *extrañeza*, no podia consistir en la trama ni en los lances, porque en esta cada autor se esforzaba á ser nuevo; tenia que nacer principalmente de que ALARCON pintaba caracteres morales entre poetas que solo reproducian caracteres caballerescos; tenia que nacer de que ALARCON aspiraba á corregir entre poetas que solo se proponian deleitar.

De la novedad, de la diferencia del fin, habia de resultar con precision diferencia, y por consiguiente novedad, en la inventiva ó eleccion de los argumentos y en la manera de ordenarlos. A disposicion de todos los autores cómicos se hallaba en *El conde Lucanor* la célebre conseja del Mago de Toledo; y sin embargo nadie sino ALARCON pudo introducirla atinadamente en las tablas, porque á todos pareció sin duda mas doctrinal que caballeresca, y no eran de moda en aquel tiempo los dramas doctrinales. A disposicion de todos estaba el rasgo admirable de Garci-Ruiz de Alarcon, que en el punto de ir á matar á un enemigo suyo, detuvo el golpe al oír á su victima encomendarse á la Virgen; pero solo su descendiente, JUAN RUIZ el corcovado, era capaz de fundar en aquella accion de piedad cristiana el filosófico pensamiento que se desenvuelve en *Los favores del mundo*. Escritores modernos han asegurado que la comedia de Lope de Vega titulada *El premio del bien hablar* sugirió á DON JUAN DE ALARCON la idea para *Las paredes oyen*: lo cierto es que la comedia de Lope de Vega es puramente de enredo, y la de ALARCON de carácter; pero es ademas igualmente cierto que la de ALARCON ya estaba escrita y coleccionada por los años de 1621, al paso que la de Lope, cuya coleccion principió en 1604, no aparece incluida allí hasta el tomo XXI, dado á luz en 1655, el año mismo de la muerte de Lope: las probabilidades de originalidad están á favor de ALARCON. Él introdujo otra grande novedad para su época, modificando el personaje del criado cómico ó gracioso, quitándole el carácter filosófico-bufon con que de ordinario se le representaba, y reduciéndole á ser un sirviente de confianza. Como en las obras de ALARCON entraba la filosofia por base, no habia necesidad de ponerla en boca de un personaje inferior; como el gusto de ALARCON era más escrupuloso que el de sus compañeros de arte, le repugnaba una figura que ofendia repetidas veces la ley del buen gusto; como ALARCON, en fin, buscaba la verdad en sus obras, y el gracioso, tal como solia introducirse, no era personaje verdadero, sino convencional, quierale nuestro autor en las tablas como venia á ser en el mundo. Esto lo habian conocido ya y dicho varios dramaturgos; ALARCON lo dijo y lo puso en práctica. La brevedad de los diálogos, el cuidado constante de evitar las repeticiones, y la manera singular y rápida de cortar á veces los actos (6), acaban de diferenciar completamente las obras de ALARCON de las de todos nuestros dramáticos contemporáneos suyos.

Ahora bien: aunque es loable empeño en un poeta cómico pretender enmendar las costumbres; aunque es preciosa prenda la originalidad en el poeta cómico; no obstante, ni la una ni la otra cualidad, ni ambas juntas, forman cabal un autor dramático bueno. Por la simple enumeracion de los asuntos en que se ocupó DON JUAN DE ALARCON se ha visto que era filósofo; falta saber si sus obras, inspiradas por la filosofia, cumplan con las condiciones del arte; si morales en su fin y originales en sus medios, contenian caracteres bien ideados y desenvueltos; si estaban diestramente trazadas y bien escritas; si caminaban á su fin con oportunos medios, con movimiento é interes hábilmente graduados; si son, en fin, buenas comedias. Justo es confesar desde luego que el titulo de alguna promete más de lo que la obra cumple, como sucede en *La culpa busca la pena* y en *No hay mal que por bien no venga*; en otras el pensamiento filosófico se desarrolla en una fábula sobrado novelesca y recargada de incidentes, en medio de los cuales desaparece aquel pensamiento, como sucede en la de *Ganar amigos*, que sin embargo es bellísima. De cualquier modo que sea, tiene ALARCON dos comedias de carácter, que son: *Las paredes oyen* y *La verdad sospechosa*; tiene otras cuatro de pensamiento filosófico más ó menos grave, que son: *Los favores del mundo*, *La prueba de las promesas*, *Mudarse por mejorarse*, y *Todo es ventura*; seis producciones que, tomando en cuenta la época en que fueron escritas, y aun sin tomarla con respecto á las dos primeras, colocan á DON JUAN RUIZ DE ALARCON en tan elevado puesto como el que ocupa

el mayor ingenio cómico. Las lecciones morales que se propuso Molière en *El misántropo*, en *El avaro* y en *El hipócrita*, no las dió con tan acertado tino como el que tuvo ALARCON en su *Maldiciente* y su *Mentiroso*. El murmurador don Mendo y el embustero don García se hacen odiosos, ridículos é infelices por efecto del vicio á que se abandonan; el misántropo de Molière no puede ser odioso ni aun ridículo, porque siendo hombre de virtud y valor, queda siempre bien puesto en el concepto de los espectadores, y la mayor dicha que puede acontecerle es que le desaire una mujer voluble. El Avaro no recibe por su avaricia más castigo que un susto, de que sale bien pronto. El Hipócrita, conocida ya su hipocresía de todos, arrostra con descaro las miradas de sus victimas, y si pierde el fruto de sus viles artimañas, no es por haber sido hipócrita durante algun tiempo, sino por haber sido ántes un malvado famoso, cuyos crímenes habian llegado á noticia del rey de Francia. Ademas, avarientos, misántropos y embelecadores tan exagerados como los de Molière, pocas veces, por fortuna, se ven; maldicientes y mentirosos como los de ALARCON los ha habido y habrá mientras no mude su sér en otro la flaca naturaleza del hombre: son pues más verdaderos los tipos del poeta español, y es más aplicable, y por ello más útil, la censura del vicio.

Esto en cuanto á los caracteres; en cuanto á la manera de manejarlos, en cuanto al mérito artístico del cuadro respectivo en que figuran, no debiendo aquí hacerse análisis de cada pieza (por no repetir lo que al fin del tomo hallará el lector), creo que bastará referir la opinion que de algunas han formado jueces irrecusables. Corneille, que tradujo en parte, y en parte imitó, *La verdad sospechosa*, solia decir que daria dos de sus mejores composiciones por haber inventado el original, que era lo que más le agradaba de cuanto habia leído en nuestro idioma. Molière confesaba que *La verdad sospechosa*, imitada por Corneille, era la obra donde habia conocido la verdadera comedia. Voltaire principia el prólogo que puso al *Menteur* de Corneille, diciendo que los franceses nos deben la primera comedia, lo mismo que la primera tragedia, que ilustró á la Francia. Monsieur de Puibusque llama inapreciable tesoro á lo que halló Corneille en la obra de nuestro americano. El señor Adolfo Federico de Schack, á quien debe Alemania dos volúmenes de piezas del teatro español traducidas, y despues una apreciable historia de nuestra literatura dramática, sostiene, despues de hacer grandes elogios de ALARCON, que no tiene comedia que no se distinga con ventaja. El autor de *Edipo*, el de la oda á la beneficencia, el Curioso Parlante y el cantor de Guzman el Bueno han dicho de ALARCON lo que verá el lector á continuacion de este discurso, y me exime de entrar ahora en pormenores prolijos. Los caracteres ya citados del maldiciente y el mentiroso, el del cortesano y benévolo don Juan de Mendoza, en quien tal vez se retrató ALARCON á sí propio, con su nombre, apellido y fealdad (7); la doña Inés en *El exámen de maridos*; el Tejedor de Segovia; los protagonistas de *Ganar amigos*, *Los favores del mundo* y *El dueño de las estrellas*; algunas de sus damas, como la Leonor de *Mudarse por mejorarse*; alguna criada, como la Celia de *Las paredes oyen*; muchos criados, como el Tello de *Todo es ventura*, que es realmente el héroe; aquel don Domingo de Don Blas, por cuyo bienhechor egoismo se podria dar toda la virtud humanitaria de muchos: estos y otros personajes de ALARCON tienen en sus comedias fisonomía propia, varia y bella; ni se parecen entre sí, ni pueden equivocarse con figuras creadas por otros autores. Feliz en la pintura de los caracteres cómicos para castigar en ellos el vicio, como en la invencion y desarrollo de los caracteres heroicos para hacer la virtud adorable; rápido en la accion, sobrio en los ornatos poéticos, inferior á Lope en la ternura respecto á los papeles de mujer, á Moreto en viveza cómica, á Tirso en travesura, á Calderon en grandeza y en habilidad para los efectos teatrales, aventaja sin excepcion á todos en la variedad y perfeccion de las figuras, en el tino para manejarlas, en la igualdad del estilo, en el esmero de la versificacion, en la correccion del lenguaje.

Principiaba ya este á viciarse cuando escribia nuestro ALARCON: algo le tocó del contagio, como era inevitable componiendo para el teatro, donde, si se ha de agrandar, forzoso es acomodarse en cierto modo á los usos ó abusos corrientes; pero era sobrado firme ALARCON, era su juicio muy sólido para sacrificar del todo su fe literaria al mal gusto que iba cundiendo. Quien tenia valor para estampar en el prólogo de la primera parte de su *Teatro*, dirigiéndose al vulgo: « Allá van esas comedias... si te desagradaren, me holgaré de saber que son buenas; » no podia correr